

La otra vida de don Alejandro

De niño, me contaba cuentos que luego, al pasar los años, comprendí que eran hechos históricos. Y mi mente se pobló, no de hadas ni monstruos ni gigantes, sino de reyes y siervos, de fanáticos religiosos que llevaban seres humanos a la hoguera, de fortalezas que caían ante la fuerza de los sentimientos liberadores y de las ideas.

Como era íntimo amigo de mis padres, a menudo pasaba sus vacaciones en la finca que entonces teníamos en Rancho Redondo. Su equipaje lo constituía unas pocas prendas de vestir y una gran cantidad de libros, y en las tardes, al bajar el sol detrás de los lejanos árboles, leía, a menudo en voz alta, otros "cuentos" más extraños todavía, y sus pensamientos se iban por los caminos de la filosofía y la poesía.

Pero don Lilito, como todos lo llamábamos, era, a su vez, un hombre muy activo. El nos enseñó a dejar afuera, en las noches llenas de luciérnagas, un pequeño plato con agua y azúcar para que al día siguiente pudiéramos chupar, como un helado, las pequeñas costras de hielo que se formaban sobre el agua fría. También nos acompañaba a caminar muy temprano en las mañanas por los campos cubiertos de flores y de escarcha, y nos enseñaba, mientras un vaho azulado salía de nuestras bocas, los nombres de los árboles, de las plantas, y de los pájaros que encontrábamos en nuestro camino.

Había un río no muy lejos de la casa, y, bajo una alta catarata que nuestra imaginación infantil había llenado de leyendas, se había formado una poza de agua transparente y, naturalmente, muy fría. Ahí nos dábamos un chapuzón, y don Lilito era el primero que se lanzaba a lo profundo desde una piedra, sin temor, como un héroe de alguno de sus cuentos, y nadaba en las heladas aguas que herían la piel como miles de pequeñas agujas.

A veces nos montábamos en una carreta y nos íbamos



Mario Madrigal

por caminos polvorientos en busca de moras o flores silvestres para adornar la casa. Y mientras las ruedas de la carreta cantaban las notas que le proporcionaba el pentagrama del camino, don Lilito tejía historias en el aire con su voz pausada y un poco triste.

Pasaron los años, y me tocó encontrar de nuevo a mi amigo de la infancia como profesor de historia y director del Liceo de Costa Rica. El liceo tenía un periódico, "Vértice", que era su voz oficial, y un compañero, el actualmente periodista Enrique Mora, y yo decidimos fundar un periódico "de oposición", al que bautizamos con el pretencioso nombre de "Luz". Ahí se publicaban cuentos, versos y todo lo que el alma juvenil necesita expresar en esos años. Existía entonces la costumbre de que, al terminar el año lectivo, los nuevos bachilleres se lanzaran con todo y uniforme a la piscina y luego desfilaban con su ropa empapada por el Paseo de los Estudiantes y la Avenida Central. Don Lilito, por razones que expuso en esa ocasión, prohibió esa costumbre. Yo escribí un artículo que titulé: "El Sr. Director acaba con nuestras tradiciones". Don Lilito contestó mi artículo en tono caballeroso y comedido, y se produjo una polémica que interesó bastante a los estudiantes pero que, normalmente, no hubiera pasado a más.

Pero un ejemplar de "Luz" llegó a las manos del Director de entonces del periódico "La Hora" y posiblemente por no tener ese día ninguna noticia importante, publicó, en primera página y a ocho columnas, la información de que el Director del Liceo de Costa Rica estaba destruyendo las tradiciones de ese centro de enseñanza. Esto, naturalmente, le produjo muchas molestias a don Lilito y fue entonces cuando me di verdaderamente cuenta de la caballerosidad, del espíritu sereno, y de la grandeza de quien en mi infancia fue como un tío y ahora era mi adversario.

Por eso he querido que la gente que lo conoce como abogado, como brillante orador, como pensador, como maestro y ahora como Benemérito de la Patria, conozca esta otra faceta, esta otra vida de don Alejandro Aguilar Machado.